

La Renta de los Cuadros

Roberto Ransom*

Me invitó, debido a que conocía mi interés por la pintura, y a algunas pláticas que habíamos tenido en la cafetería de la universidad, a su casa para ver los cuadros. Estábamos solos y mi anfitrión preparó el café.

Me fue difícil mostrar preferencias, debido a la presión de tiempo –la agencia pasaría dentro de tres días para firmar el contrato– y a que el señor Jeffries no pensaba comprar los cuadros, sino rentarlos. Me explicó que el contrato duraba seis meses. Lo que más parecía convencerle era que el seguro iba incluido. Mostraba conocimiento y sensibilidad en sus comentarios; sin embargo, al salir de la casa sentí reforzada mi opinión de que el señor Jeffries era un hombre inteligente pero que se encariñaba de modo distinto.

La siguiente vez que nos vimos, fuera de los pasillos de la universidad, fue en el día de campo. Estaba con su familia. Me los presentó y yo me senté con ellos un rato y acepté una cerveza y unos emparedados de atún. El señor Jeffries no sabía en qué trabajaba su esposa; me expliqué lo anterior como muestra de una sociedad altamente móvil. Son los detalles los que hacen que uno se sienta extranjero. Mi colega también confundía los nombres de sus dos hijos, a pesar de tener éstos distinta edad y parecerse poco.

* *Escritor y catedrático del Centro de Enseñanza de Lenguas Extranjeras y de la Facultad de Humanidades, UAEM.*

Dijo que yo debía cenar con ellos en alguna ocasión y escogimos una fecha en su agenda para dentro de unas semanas. En el transcurso de esos días volví a ver a su esposa cuando pasé a la casa del señor Jeffries para dejarle unos libros que me había prestado y Linda me abrió la puerta. Le comenté que nos veríamos en la cena y pareció no saber de qué estaba hablando.

Llegamos, una amiga y yo, a la cita. Ella, con todo y ser extranjera, había vivido en aquel país más tiempo que yo y, por lo tanto, cuando le comenté algunas cosas que me habían extrañado de la familia Jeffries, me dijo que era lo común. No tenía caso estar comprando las cosas cuando se podían rentar.

Pasamos directo al comedor. Estudié a los dos jóvenes, seguro de que no los conocía a pesar de su parecido con los hijos del señor Jeffries; pero él se los presentó a mi amiga, Nina, como hijos suyos al igual que a su esposa, que en ese momento entraba de la cocina y que era distinta a Linda. En el transcurso de la cena me fijé que se llevaban de modo muy parecido a cuando habíamos estado juntos en el picnic. El señor Jeffries se equivocó sobre el empleo de su esposa y volvió a confundir los nombres de sus hijos pero yo ya me estaba acostumbrando.

Después de cenar, los niños subieron a hacer la tarea, Brenda y Nina se sentaron en uno de los sofás a platicar, y yo seguí al señor Jeffries a la pared donde tenía los cuadros que había escogido. Lo primero que hice fue aprobar la selección. Se me ocurrió que ya habían pasado más de seis meses desde la última vez y se lo comenté.

—Efectivamente—me dijo—. Me gustaron tanto que he vuelto a rentar los mismos.

Luego agregó, un poco contrariado. —Lo único malo es que hay una multa.